

¿Esto es lo que soy, mi trabajo soy yo? Qué clase de educación es esta, que me ha puesto aquí. La verdadera estuvo y está en mis tiempos de ocio; de ocio, que quede claro; no de vagancia.

Pero es cuestión de tiempo, sé que algún día seré fumado, solo espero que mi valentía sea lo suficientemente grande como para no aplazar este suceso hasta mi muerte... Es curioso eso de ser fumado. El terno se rompe y, cuando lo hace, todo lo malo de uno, que ha estado comprimido, se libera; pero en ese acto hay una belleza indescriptible. En todo lo malo hay algo de bueno, impalpable, incoloro, pero vivo; es lo que está dentro del humo, dentro de la incertidumbre. Luego, la belleza se esfuma porque el acto se esfuma, el humo se desvanece. Eso es bueno porque la belleza es otra construcción, otro canon. Ahora se es libre, se es verdaderamente uno. Lo decepcionante es que en este estado no se dura mucho, ya que no hay contexto que permita su supervivencia.

Faltando unas cuerdas para llegar a su casa, se detiene. Con paciencia inquebrantable, del bolsillo derecho de su casaca extrae una cajetilla, recién comprada. Rompe el plástico, la abre, arranca el papel color plateado. Saca un cigarro y lo dirige hacia sus labios, para sostenerlo. Cierra la caja. La regresa a su sitio. Guarda la basurita en su bolsillo izquierdo, para botarla luego. De esa misma cavidad hace brotar un encendedor. Lo pone a la altura del tubito blanco, que tiembla, quizás por el frío. Forma una cueva con su mano derecha, como quien va a llevar a cabo un ritual, una iniciación. Activa el artilugio, que bota desde sus entrañas una flama. El viento y el fuego parecen dialogar, como discutiendo. De pronto, a modo de conclusión de la tertulia, procede el crepitar del cigarro. El grito es desgarrador, algo en él está siendo incinerado.

El fumador aspira. El extremo encendido del cigarro se aviva. Sus pulmones sirven de ataúd. El humo sale, redimido. La danza de la belleza. Luego, esencia, impalpable, incolora. Luego, inclasificable.

La colilla yace ahora en el piso. Deja constancia de la liberación, en forma de vestigio.

Está a unos pasos de su casa. De su bolsillo izquierdo saca unas llaves. Introduce una en la cerradura, saca el seguro. Ingresa. Lo primero que ve es la pared blanca de su sala de estar.

Cierra la puerta.

## **NO SE PUEDE CORREGIR A LA NATURALEZA**

**Manuel Bernardo Pinedo Hoyos**

“Sube ahí”. Tenía que ser justo en el primer día. Debí poner el despertador, ahora voy a llegar tarde y si el profe no me deja entrar voy a tener que regresar a mi jato y habré venido a la universidad por las puras.

—*Chic chic chic* —sonaban las sucias monedas en la mano del cobrador.

—¿Onde? —me preguntó desinteresadamente.

—Universidad.

La misma combi cúster con un cartel de CALLAO-ATE en el frente, música desde tecno hasta huayno, los mismos cobradores ahorados con diferente rostro, los mismos asientos maltrechos y sucios, y es porque siempre es el mismo viaje. Subo. Me siento. Pago. Me bajo. Lo único que cambia son las personas que suben al carro.

Sigo por la avenida Arequipa y en el cruce con Risso sube una chica que me llama la atención. No era de esas que quedan en el clásico “ta buena”. Esta era algo diferente: tenía el cabello corto oscuro con las puntas de color azul brillante; un tatuaje en la nuca, de letras japonesas, que de seguro no decían “soy inocente”; vestía una casaca de cuero y un *jean* muy ceñido que realzaba la belleza de sus juveniles curvas. En pocas palabras, totalmente fuera de mi alcance. Y es que mi historial con las chicas no es muy alentador.

Con un nombre producto de una apuesta perdida en la despedida de soltera de mi madre, nací yo, Pinpín; una pequeña criatura con problemas de respiración y un sexto dedo en el pie derecho. Cuando estaba en Inicial empezó (o por

lo menos así lo recuerdo) mi cadena de fracasos. Con apenas seis años y un *sticker* blanco con mi nombre pegado en el pecho andaba yo, sentado en las bancas del patio. La pequeña y dulce Muriel se acercó a mí, me dijo "hola", me puse nervioso y no le respondí. Bajó la mirada y algo horrorizó su rostro, lanzó un agudísimo grito y echó a correr. Estaba completamente meado.

Algo no muy distinto pasó en la secundaria, ya con catorce años y el clásico (e inevitable) corte de peluquero que, en ese momento, no me hizo muy popular. La joven y pícara Carlita se acercó a mí y me dijo "hola". Lo demás siguió la misma rutina, solo que esta vez digamos que "izaron la bandera".

Con el marcador dos a cero en mi contra, decidí volver la vista hacia los edificios que pasaban, cuando de pronto, sentí un delicioso aroma de coco y un calor reconfortante en mi muslo derecho. Se había sentado a mi costado. Traté de disimular mi nerviosismo, cogí mi celular y empecé a hacer la mímica de texteo. "Qué original". Ella sacó sus audífonos, se los puso y fijó la mirada en la luna delantera del micro. ¿Debería hablarle? ¿Cómo empiezo? ¿Seré menor que ella? No, no creo... ¿Y si sí? Bueno, por un lado me gustan las mayores, pero también significa que tengo menos posibilidades. ¿Estaré a su altura? Parece que le gustan los chicos rudos y pintones. ¡Ja! Y yo "muy rudo" me pongo un polo que, por un descuido de mi madre y, claro, mi mala suerte, pasó de ser rojo a rosado. Por el lado rudo no puedo decir más, ¿pero en lo pintón? Mi madre dice que soy churro. Sí, ¿por qué no?

Empleando mi mirada periférica pude notar que se había sacado sus audífonos. En ese momento me acordé de un "pequeño y no muy importante" detalle, había comido locro de desayuno y mi aliento era letal. No tuve opción, el plato estaba servido y cuando traté de

escapar, una figura con un mandil mojado y salpicaduras de grasa me dijo: "En esta casa la comida no se bota. Tanta gente que no tiene que comer." Gracias, mamá (si tanta gente no tiene qué comer, ¿por qué no se lo das a ellos?). A veces no entiendo por qué mi ma...

—Disculpa, ¿puedes cerrar la ventana? —dijo muy suavemente.

¡Me habló! Obviamente eso significaba que quería conmigo. ¡Es ahora o nunca! ¡Tenía que demostrar que era un chico rudo y con cojones!

—¡Ciérrala tú pes! —le grité.

Me miró con cara de "¿qué te sucede?" y me respondió:

—Claro, si quieres lo hago yo, pero... ¿Estás bien?

Solo moví la cabeza afirmando. Me había desarmado. ¿Quién era esta chica? Tenía todos los rasgos de una *hardcore*. Me habré equivocado. Parece una chica muy dulce ahora que habló. Creo que lo mejor es comenzar de nuevo. Sí. Hola, soy Pinpín y tú tienes cara de que quieres un café, ¿puedo invitarte uno? Perfecto. Solo había dos cosas que no cuadraban: estábamos a veintiocho grados en Lima y tenía dinero solo para mi pasaje de regreso. Ya fue, ya veré cómo lo resuelvo. Chicas como estas no se ven todos los días.

—Hola, soy Pinp...

—¡Paradero baja! —gritó mientras se levantaba de su asiento.

Se bajó. La cagué. Y estamos lunes.

Lo único que me quedaba era admirar su caminar por la calle mientras la combi avanzaba. Fue en ese momento que me sentí como el pavo más pavo que existe. ¿Me debería bajar para hablarle? No, macho que se respeta no persigue a las chicas. El mar está lleno de peces.

Cuando quise sacar mi celular para ver la hora, me di cuenta de que había uno en el asiento del costado. "Se olvidó su celular". Era el destino, yo sería el héroe, el hombre que le devolvería el objeto máspreciado de un joven del siglo veintiuno, un celular.

—¡Baja! ¡Ahora! —estaba desesperado, no estaba tan lejos.

—Paradero recién puede bajar, joven —¿en serio?, ¿recién ahora quieres respetar las leyes de tránsito, después de cerrar de manera brutal a medio Lima?

Bajé. Fui corriendo a todo pulmón, la gente me miraba como si fuese un delincuente, algunos cobradores se burlaban de mí, pero no importaba, ella lo valía, sabía que sí. Pude ver sus cabellos azules y supe que era ella, la piqué con el último trozo de pulmón que me quedaba y la alcancé. Estaba justo entrando a un edificio.

—Oye, espera...

—Ehh, ¿hola?... ¿Qué pasó? —no estaba segura de cómo reaccionar.

—Toma, se te cayó... —le di el celular. Me sentía como todo un campeón, hasta que me respondió.

—Esto no es mío —no lo podía creer. Me quedé helado. No solo había quedado como un irrespetuoso, sino que ahora también como un raro.

Ella se fue sin nada más que decir.

Ya mi hora de clase estaba perdida, imposible irme a la universidad, solo quedaba regresarme a mi casa. Fui al mismo paradero y tomé un carro que me llevaría. Me senté en el mismo lugar que en la otra combi y me puse a escuchar el huayno de la radio.

Unas cuadras más allá, se subió otra chica que me llamó la atención. Lentes ridículamente gigantes, cabello peinado por favor a la sociedad, la cara llena de acné; vestía ropa de imitación, ya vieja, y los zapatos ni qué decir. En pocas palabras, totalmente fuera de mi alcance.

## EL TAXISTA

Gino Telly Amoretti Álvarez

Centro de Lima, 9:00 a. m. Juanjo maneja su nuevo taxi, un *station wagon* amarillo. El caos, el tráfico y la contaminación le producen un ligero malestar. De pronto, como en los últimos dos días, una vez más se vuelve a desconectar del mundo. Miles de conjeturas de lo ocurrido la madrugada del domingo le asaltan la mente. No encuentra respuestas, se siente encerrado en un laberinto de suposiciones. Quiere gritar con todas sus fuerzas y alejar los fantasmas. Inhala. Parpadea rápido para despertarse de las pesadillas. Exhala. Concentra su atención en lo que ocurre más allá de sus ojos: está atorado en un colosal embotellamiento. Los vendedores ambulantes corretean como conejos entre los autos. "Amigo, dame un diario *El Choche*, apúrate que cambia la luz", le pide Juanjo a un sudoroso canillita que corre para alcanzarle un ejemplar. De inmediato empieza a escudriñar toda la portada. "Todavía no hablan nada del muerto que dejé en la Plaza Francia", piensa con alivio hasta que un titular le paraliza el corazón: "Encuentran cadáver de travesti sin cabeza, pies ni manos". Suspira nuevamente: "Mi muerto tenía la misma ropa, pero estaba completito cuando lo dejé en la banqueta. No creo que sea el mismo. Sigo siendo un hombre libre".

Jesús María, 9:30 a. m. El primer pasajero del día: un tipo con terno, seguramente un ejecutivo que está llegando tarde al trabajo.

—¿Maestro, al Callao más o menos por...?

¡Roaaam! Arranca en primera, asado como una hiena. "¿Al Callao quiere que lo lleve? ¡Que no joda!", maldice.